

Revista Stultifera Navis

Número 2 Año 2 (Marzo 2021)



“*Sed de Mal I*”

(Genet: la Soberanía, el Mal y la Muerte)

Roberto Malaleta Bruna¹

Chile

«Me pregunto si ustedes no los persiguen por despecho, porque ellos los desprecian» pretendía decir Genet a principios de 1948 en el programa "carta blanca"², mas no para hablarnos a nosotros sino a los niños criminales (“no me dirijo a los acusadores sino a los culpables ... les hablo a ellos. Les pido que no se ruboricen nunca por lo que hicieron. Que conserven intacta la rebelión que los ha hecho tan bellos. No hay remedio, espero, contra el heroísmo”³). Insistamos, no somos nosotros su asunto, no los depositarios de la moral ni los defensores del orden, Genet habla a los transgresores ¿Qué hay en ese gesto sino el más grande desafío? ¿Qué hay en su desprecio sino una declaración de guerra? ¿Qué, sino la

¹ **Roberto Bruna** es Doctor en Filosofía Política y Moral por la Universidad de Chile. Pertenece al Comité Editorial de la Revista Stultifera Navis.

² El programa radial en el que Genet pensaba leer ese texto fue censurado y nunca salió al aire.

³ Genet. *El niño criminal*. (España: Errata Naturae. 2009), 52.

imbricación del mal, la belleza y la épica en una misma hebra? (“Me hubiese gustado — agrega— hacer escuchar la voz del criminal, y no su queja, sino su canto glorioso”⁴). Digámoslo sin edulcorantes: la voz de Genet es la voz de un enemigo (*ha-shatán*) que viene a exigirnos como adversarios no clemencia, no piedad, sino una dureza que haga honor a su condición de héroe. En Genet lo que encontramos es un enemigo al que nuestra bondad les resulta nauseabunda y, además, torpe:

*Llamen entonces, si sus almas son mezquinas, inconsciencia al movimiento que lleva al niño de quince años al delito o al crimen, yo le doy otro nombre. Porque se necesita una frescura altanera y una hermosa osadía para oponerse a una sociedad tan fuerte, a las instituciones más severas, a las leyes protegidas por una policía cuya fuerza consiste tanto en el miedo fabuloso, mitológico e informe que se instala en el alma de los niños, como en su organización. Lo que los conduce al crimen es el sentimiento novelesco, es decir, la proyección de sí en la más magnífica, la más audaz, en definitiva, la más peligrosa de las vidas.*⁵

Esto, dicho por Genet, no resulta el mero delirio poético de una pluma acalorada, pues no olvidemos que Genet antes que escritor es criminal, y es desde esa condición que nos dirige su canto de guerra. Genet sabe de lo que habla: sabe que sólo en el dolor de la celda su palabra encuentra el tono y la inspiración que requiere para aparecer. Sabe Genet que no escribe para ser amado por los lectores ni las editoriales, su palabra —testimonio de una existencia construida en el dolor del castigo— está destinada a otro oído. Su canto no resuena en nosotros más que como un alarido que proviene desde el margen (silenciado a ratos por el ulular de las balizas policiales). Su canto es, así, el canto de una voz bárbara que nos estremece como el sonido de los tambores del enemigo (“por lo que a mí respecta, he elegido: estaré del lado del crimen. Y ayudaré a los niños, no a volver a sus casas, sus fábricas, sus colegios, sus leyes y sus sacramentos, sino a violarlos”⁶). Una voz desgarrada en la que grita la fuerza del mal, fuerza sin la cual no es posible la belleza (“seremos la

⁴ *Ibid.*, 39.

⁵ *Ibid.*, 51-52.

⁶ *Ibid.*, 54.

materia que resiste y sin la cual no habría artistas”⁷.) Sabe Genet que incomoda, sabe que duele cuando nos interpela poniéndonos frente al espejo (“yo sé que la moral en nombre de la cual persiguen a los niños ustedes no la aplican en absoluto. No se los reprocho. (...) Pero ustedes tienen demasiada poca fuerza para entregarse enteramente a la virtud, o enteramente al mal”⁸.) Y sabe algo peor, sabe Genet que en esa guerra no nos espera más que la derrota: “están convencidos —nos dice— de que salvaran a esos niños. Afortunadamente, a la belleza de los hampones adultos que ellos admiran, a los orgullosos asesinos, no podrán oponer más que vigilantes ridículos, embutidos en un uniforme mal cortado y mal llevado. Ninguno de sus funcionarios podrá ganarse a los niños”⁹ porque nada puede —nos grita— “reemplazar a la seducción de aquellos que quebrantan la ley.”¹⁰

Tal vez sea Sade el único antes de Genet en dar, con tanta claridad y osadía, un lugar tan preponderante al mal en su obra. Sade, al igual que Genet, lanza por medio de sus escritos un ataque frontal y sin miramientos a los principios que fundaban el orden de su época (y aún la nuestra). Un ataque visceral en el que no sólo cuestiona la validez política de las prohibiciones imperantes, sino incluso el sustento ontológico de los principios morales que resguardan. Insistentemente busca socavar sus bases hasta terminar desfondándolas, desnudándolas como un puro ejercicio de captura subjetiva cuyo fin no es más que el sometimiento al orden (“Ah, créelo, Sofía —dice en Justine—, ese dios que tú reconoces no es sino el fruto de la ignorancia y de la tiranía; cuando el más fuerte desea encadenar al más débil, aquél le persuade de que hay un dios que santifica las cadenas que le esclavizan y éste, embrutecido por la miseria, cree absolutamente todo lo que el otro

⁷ *Ibid.*, 56.

⁸ *Ibid.* 56

A propósito de esta «poca fuerza» para entregarse con pasión ya sea a la virtud o al mal, cobra relevancia la respuesta que, ante la pregunta respecto de la aplicación de torturas en el periodo de la «guerra sucia» en Argentina, dio un almirante: “he vomitado más de una vez después de ver cosas horribles. Somos condenables. Hemos matado sin juicio previo a personas que nosotros sabíamos que eran guerrilleros, pero lo hicimos para que otros no sufrieran más. Como buen cristiano tengo problemas de conciencia. Si uno quiere combatir la subversión, uno debe meterse en el barro y ensuciarse. Debemos condenar la tortura. El día que dejemos de condenar la tortura —aunque torturemos— será el día que dejemos de ser seres humanos”. Kekes. *Las raíces del mal* (Buenos Aires: Ateneo. 2006) 139.

⁹ Genet. *El niño criminal*. Op. cit., 59.

¹⁰ *Ibid.*, 60.

quiere”¹¹). Y sin embargo, pese a la similitud que hay entre ambos, podemos ver que entre Sade y Genet hay una fisura, pues —como señala Klossowski— en Sade más que el canto de un enemigo en pie de guerra, encontramos la figura excelentísima del corruptor que, al mismo tiempo, se ve a sí mismo como un educador que debe convencer a la audiencia:

*El discurso del perverso, por el hecho mismo de invocar la adhesión del sentido común, sigue siendo un sofisma en la medida en que no sale del concepto de la razón normativa. La persuasión sólo puede efectuarse si el interlocutor en sí mismo es llevado a su vez a rechazar las normas. No es mediante argumentos como el personaje sadiano puede obtener la adhesión del interlocutor, sino mediante la complicidad.*¹²

De ahí entonces que la obra de Sade revista a ratos las características de una prédica y una pedagógica, una especie de «misa negra» en la que pareciese alzarse en un imaginario púlpito para aleccionar y adoctrinar a sus errados pupilos. Nada más distante de la ruptura y el distanciamiento radical que frente a nosotros busca Genet: “Para ustedes no digo nada. Desde que he comenzado a hablar, no me dirijo a los educadores sino a los culpables.”¹³ Es muy claro: Genet no quiere adeptos, ni comprensión o aceptación; no pide disculpas justificando sus acciones; no se escuda en las condiciones sociales que llevan al crimen como única forma de subsistencia; no se arrodilla apelando a una especie de naturaleza indómita mal conducida para ser absuelto. Ni quiere que nosotros cambiemos: no quiere que dejemos de pensar lo que pensamos, ni que reconsideremos nuestros principios morales a la luz de una nueva verdad, por el contrario, lo que quiere es que los defendamos, exige que luchemos por su mantención, e incluso que, dentro de lo posible, seamos aún más brutales con aquellos que los infringen, porque sabe Genet que en el mal no sólo se juega un asunto político sino también estético, y sabe que la belleza de la guerra depende en gran medida de la dignidad y la ferocidad que muestre el enemigo en el combate. Por eso nos exige que estemos a su altura. Lo exige porque para Genet el crimen reviste un gesto heroico, lo exige porque para Genet el mal es soberano.

¹¹ Sade. *Los infortunios de la virtud* (Madrid: Edimat Libros. 2003), 75.

¹² Klossowski. *Sade mi prójimo* (Madrid: Arena libros. 2005), 33.

¹³ Genet. *El niño criminal*. Op. cit., 52.

Es esta «dedicación sin reserva al mal» la que, según Bataille, Sartre no logra ver, pues Bataille —pese a reconocer que «San Genet» es uno de los estudios más importante que se ha desarrollado sobre el asunto del mal—, no cree (como Sartre) que la obra de Genet se limite a ser una especie de respuesta digna ante una sociedad que lo condena, ni menos el puro gesto pueril y contestario de reacción ante el abandono que Sartre (no obstante el aprecio que siente por Genet y la amistad que los une) cree ver en la reivindicación que éste hace de sus actos (“simplemente —dice Sartre— en lugar de llevar su marca de infamia con vergüenza, alardea de ella con orgullo. Sucio negro, dice un poeta negro. ¡Pues sí!, soy sucio y negro y prefiero mi negritud a la blancura de vuestra piel”.¹⁴) Para Bataille se trata de mucho más que una simple bravata, se trata —como escribí más arriba— de la reivindicación del mal como una estética y una política existencial:

*Bernard conocía mi vida, que nunca me reprochó. Una vez, sin embargo, intentó justificarse por ser poli, y me habló de la moral. Como yo sólo consideraba un acto desde el punto de vista de la estética, no podía entenderle. La buena voluntad de los moralistas se rompe contra lo que llaman mi mala fe. (...) Si ellos pueden probarme que un acto es detestable por el mal que hace, sólo yo —por el canto que despierta en mí— puedo decidir sobre su belleza o su elegancia; sólo yo puedo rechazarlo o aceptarlo. No se me llevará por el camino correcto. Quizá lo más que se podría lograr es emprender mi reeducación artística.*¹⁵

No obstante —advierte Bataille— no habría que ver aquí una simple reconversión o transmutación de los valores: Genet no postula que el mal que realiza sea un bien que no ha podido ser visto, ni cree estarse enfrentando a una sociedad injusta y abyecta que, erradamente, lo sanciona desde la incomprensión (“para Genet no es la sociedad la que es abyecta, sino él mismo”.¹⁶) Genet, por el contrario, busca simplemente el mal y, buscando el mal por el mal mismo, encuentra el lugar desde el que se construye como sujeto y como

¹⁴ Bataille. “Genet”, en *La literatura y el mal*. Op. cit., 161-162.

¹⁵ *Ibid.*, 169.

¹⁶ *Ibid.*, 162.

hablante. De hecho, dice Bataille, la vocación que Genet muestra por el mal es tan profunda que, aunque pudiera conseguir sus fines por otros medios —aunque pudiera conseguirlos por medios honestos— preferiría conseguirlos por medio del mal (incluso a pesar de que esto no le reporte más que dolor y castigo). Luego, en Genet no podemos ver un criterio utilitarista del mal, no usa el mal como medio para alcanzar un fin, es el mal mismo el fin que busca. Es más, Genet se vincula con la maldad a tal punto que la desea “más allá de las comodidades que en ella encuentra, la quiere por una propensión vertiginosa a la abyección, y se pierde en ella tanto como el místico se pierde en Dios durante su éxtasis.”¹⁷ Sartre —erradamente, dice Bataille— ve en esa búsqueda de la santidad por medio del mal, la manifestación de una especie de soberanía vicaria (como si Genet en su celda se sintiera un príncipe en un trono, y por eso comparara tan frecuentemente la prisión con un palacio “porque se ve como un monarca pensativo y temido, separado de sus súbditos.”¹⁸) Pero Bataille, en ese mismo gesto, no ve la afirmación de un soberanía ficticia, sino más bien, la constatación de que en Genet se expresa con toda su crueldad el lazo trágico que une soberanía y castigo: “Genet no puede ser soberano más que en el mal, la soberanía misma es quizá el mal, y el mal nunca es con más certeza el mal que cuando es castigado.”¹⁹ Por ello entonces la celda, no porque lo aisle del mundo, sino porque es el espacio de reafirmación de su conducta abyecta y soberana; de ahí, también, que exija un castigo cruento, porque en la dureza, en la intensidad del castigo, ve el reflejo de la intensidad de su mal: si el robo lleva a la prisión, pero el crimen lleva al patíbulo, Genet ve en el crimen y en su máximo castigo la expresión total de la belleza, de una belleza, claro, tan abyecta como soberana (“cuando la muerte está en juego por todas partes, cuando el criminal la ha impuesto y espera recibirla, presta a la soberanía por él imaginada una plenitud”.²⁰) Y aunque es cierto —reconoce Bataille— que esto puede no ser más que un acto arbitrario e imaginario de Genet, tendríamos que preguntarnos si “¿no es acaso el mundo del hombre, todo él, efecto de una imaginación, de una ficción?”.²¹

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ *Ibid.*, 164.

¹⁹ *Ibid.*, 165.

²⁰ *Ibid.*, 166.

²¹ *Ibid.*

Reconozcamos entonces —dice Bataille— que el gesto de Genet es un gesto soberano, pero su soberanía no es el resultado de una búsqueda, sino la llegada de una revelación, pues la belleza de un acto (otra vez ese nudo indesatible entre estética y política donde la coordenada analítica supera de lejos el eje bien y mal) se mide simplemente por el regocijo que la contemplación del mismo le produce: Genet reconoce la belleza —dirá Bataille— por el canto que provoca en él.²² Y si lo único que despierta ese canto es la infracción de la ley, es porque la infracción de la prohibición “es también la esencia de la soberanía”²³, pues la soberanía no es, sino, “el poder de elevarse, en la indiferencia ante la muerte, por encima de las leyes que aseguran el mantenimiento de la vida.”²⁴ Si para Genet el crimen es la vivencia de la experiencia soberana y la santidad, es porque la palabra «santo» está vinculada a lo sagrado, y lo sagrado es, precisamente, aquello considerado prohibido, violento y peligroso (lo sagrado no es, sino, el mal). Por eso —concluye Bataille— “la santidad de Genet es la más profunda, la que introduce el mal, lo «sagrado», lo prohibido sobre la tierra.”²⁵ Genet “vive en el maleficio, en la fascinación de la ruina que ocasiona; nada compensaría a sus ojos esta soberanía o esta santidad que irradia de los demás o de él mismo.”²⁶ Por tanto, la moral que Genet se impone a así mismo no viene sino del sentimiento de fulguración que alcanza en el mal (aunque éste lo exponga al castigo, al dolor y a la muerte). Así, mientras “el principio de la moral clásica va vinculado a la duración del ser”²⁷ (a la supervivencia y la seguridad), el principio que rige la soberanía se vincula “al ser cuya belleza procede de la indiferencia ante la duración, e incluso de la atracción por la muerte.”²⁸ Si la ley es considerada el bien mismo (en tanto asegura la duración de la vida), la soberanía de Genet lo inclina al mal, ya que: aunque la infracción espanta como la muerte, al mismo tiempo, “atrae como si el ser sólo se atuviera a la perduración por debilidad, como si por el contrario la exuberancia apelara al desprecio de la muerte exigido desde el momento en que se rompe la regla.”²⁹ Y es esto lo que según

²² *Ibid.*

²³ *Ibid.*, 170.

²⁴ *Ibid.*

²⁵ *Ibid.*

²⁶ *Ibid.*

²⁷ *Ibid.*, 170 - 171.

²⁸ *Ibid.*, 171.

²⁹ *Ibid.*, 175.

Bataille los bien pensantes (entre los que incluye a Sartre) no sólo desconocen, sino que no pueden reconocer. Y no pueden reconocerlo porque los defensores de la «moral clásica» (como denomina Bataille, en grueso, a ese conjunto de postulados que vinculan la moral a la consecución del bien) han tratado de conciliar la soberanía con la paz y la obediencia a las normas, supeditando así, la libertad a una cierta estabilidad en las relaciones humanas. Luego, mientras para estos la libertad implica sumisión en tanto “se vincula con el carácter cerrado de la regla”³⁰ que la comunica con el bien, para Bataille “la libertad es siempre una apertura a la rebelión (...) [y, por lo tanto] nadie puede ir —como Sartre por lo visto pretende hacer— de la libertad a la concepción del bien de acuerdo a lo útil.”³¹ Lo que Bataille encuentra en el gesto soberano de Genet es, entonces, precisamente la libertad, pero ya no una libertad que calcula costos y beneficios (sean personales o sociales), no una libertad filtrada por el criterio de la utilidad, sino una libertad que busca lo ilimitado, que rechaza la servidumbre y abraza la muerte: una «libertad soberana».

*Sólo cuando la libertad, la transgresión de las prohibiciones y el consumo soberano se consideran en la forma en que se dan de hecho, sólo entonces se revelan las bases de una moral a la medida de aquellos que no son doblegados enteramente por la necesidad y que no quieren renunciar a la plenitud vislumbrada.*³²

Sin embargo, Bataille no es ingenuo, pues, aun cuando reconoce el ímpetu soberano de Genet, sostiene que es un error creer que Genet alcanza la soberanía. La verdad es que Genet fracasa, pero no por un defecto o una falta que le pueda ser cobrada: no fracasa en alcanzar la soberanía porque haya cometido un error o le faltara algo por hacer. Genet fracasa en su intento por alcanzarla porque la soberanía es algo que nadie puede alcanzar: a ésta “no podemos poseerla como a un objeto, nos vemos reducidos a buscarla”³³ sabiendo que es un «algo» que se nos ocultara siempre. Así entonces, sólo podemos atisbarla en un destello, como un brevísimo fulgurar que se presenta en la ambivalencia de la angustia y la felicidad que provoca la transgresión del orden establecido: ese segundo en que el suelo en

³⁰ *Ibid.*, 188.

³¹ *Ibid.*

³² *Ibid.*, 189.

³³ *Ibid.*, 183.

el que se alza victorioso el sujeto, se abre bajo sus pies para dejarlo caer en el abismo de la derrota. No es culpa de Genet, es la propia soberanía la que "tiene para sí el reino del fracaso".³⁴

³⁴ *Ibid.*, 184.